

de su hombre, entregó temblando el niño á doña Enriqueta, la cual, estirándole cuidadosamente las mantillas, presentábalo ya á la mujer que para llevarlo había traído, cuando el otro mamoncillo—el hermano de leche del expósito—, á quien su madre acababa de recoger del suelo, por donde andaba gateando, consciente ó inconscientemente echó los bracitos al cuello del angelical desheredado, y con tan tierna acción volvió á renovarse el llanto y desconsuelo de todos.

—¡Mardita sá mi estampa! ¡Esto sólo me faltaba!—rugió el terrible demagogo—. ¿Qué jase ahora un hombre, por hombre que sea, vamo á vé? ¿Pa qué yorái, condena, si er que má y er que meno se está *ajogando en jiele negra*? ¡Vaya, que como me *jarte, m'arranco* por derecho y me tiro á fondo! ¿Qué queréi, jato e bestia, que me quée con er crío? ¡Po como si yo *estuviá* queriendo otra cosa, carriso! ¡Echelo usté acá, señora, que é má bonito que er *Niño perdido* de la proesión der Corpu! Y dígame á las marquesa de la Junta que yo lo *prodió* (prohijo). Y quié *ist* que si había e tené sei *renegao tragone...*, tendré siete; y si había e trabajá e día, trabajaré *tamié* de noche; y en iguá de *jumáme* un consumo pitiyo..., me chuparé er deo, ¡porra! ¡Y que se vea si no tengo yo mejó corasón que la República!

Y el espantable sectario rompió á llorar como un chiquillo.

Culpable, ingrata ó desgraciada, ¿qué hubiera sentido ante aquella escena la desconocida madre del nene Equis?



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año de 1925 MONTERREY, MEXICO

SIEGA DE ROSAS

Á Antonio de Zayas.

I

Alcalá de Guadaira es un lugar como creado para fruición de poetas y pintores: tiene color y luz andaluces, horizontes de diafanidad acuarelesca y ambiente de geórgica y de leyenda á un tiempo; romántico castillo ruinoso encaramado en un peñascal que ciñe un río de égloga fluyendo entre adelfas y mirtos; peñascal arriba, cuevas de gitanos abiertas en la calcárea como nidos de pájaros rapaces; bajo el castillo, bajo las cuevas, entre la umbría, la boca de averno del túnel por donde entra y sale la locomotora escupiendo lumbres como dragón de conseja. Por las riberas del Guadaira y por todo su valle deleitoso, un paraíso de huertos, naranjales y jardines,

entre cuyos verdores descuellan las almenadas torrecillas de los árabes molinos aceiteros; y por las calles blancas y reidoras de aquel pueblo moruno de panaderos y labriegos, un confortante y sano olor á pan caliente mézclase al penetrante aroma de rosas y azahares, como en la vida se confunde la saludable prosa robusta con la enervante ideal poesía.

Guadaira abajo, donde el río se remansa voluptuoso entre granados, zarzas, adelfas y murtales, hay una huerta que, á no recordarla tan distintamente, creería haberla soñado en los días de aquel lírico ensoñar que en mi alma se llama con dos nombres: *juventud* y *Andalucía*. Por el lado del camino—donde tiene su entrada—y por los dos olivares colindantes cercaban la huerta altos vallados de pitas y chumberas entretejidas con lentiscos y zarzamoras, y por la parte del río ceñíala en apretada fronda un bosque de granados que mojaban en el agua sus raíces, entre marañas de sauces, juncias, cañizales y lampazos. Huerta le decían á aquello, y apenas si justificaban tal nombre unos verdijugosos cuadros de hortalizas que rodeaban la casa del guarda; lo demás, jardín era todo, y tan cuajado de plantas olorosas, de floración opulenta, que allí no era metáfora baldía lo de que las flores podían segarse, sino que, en efecto, se segaban; y de la cosecha floreal de aquella huerta abasteciase una fábrica de perfumes, y de la siega de flores vivía un pueblo de *mocitas*, hijas del sol y hermanas de los capullos tempranos.

¿Reconstruís la escena? Mayo, Andalucía, un jardín como incendiado en rosas y nevado en jazmines y azahares; la tierra toda explosiones y germinar de vida vegetal, toda hormigüeo de insectos de mil formas y colores que acuden á la orgía de la fecundidad; el aire todo aleteos de mariposas irisadas, todo zumbidos de avispas y abejas golosas de esencias, ceras y mieles; todo revuelos y píos de pájaros que pasan locos robando y picoteando frutas ó flores, como pilluelos del espacio; y allí, en medio de aquella natuleza en fiesta, en aquel desbordar de vida, un grupo de muchachas, en su mayo también como los rosales floridos, segando claveles, azucenas, jazmines, lirios y, sobre todo, rosas—la cosecha de la huerta—, rosas como el clarear del alba, rosas como el arrebol de la aurora, rosas como el llamear del crepúsculo, rosas como brasas, como ópalos, como perlas, como púrpura, como sangre, como vino, como oro; rosas lánguidas, anémicas, cloróticas, virginales, místicas; rosas encendidas, congestionadas, pasionales, voluptuosas, cárdenas y lascivas como labios cargados de besos embriagadores... Todo, todo el poema de las rosas, con su gama infinita de aromas y matices, desde las blancas nupciales, que transcienden á manzana verde, hasta las rojas, aterciope-ladas, sugestivas, que negrean de oscuras y trastornan de olorosas.

Un coro de muchachas en una huerta andaluza cortando y apilando rosas..., ¿dónde representación más bella de la primavera y de la juventud?

Y no vale evocar á Boticelli, ni pensar en Rubens, ni recordar las Arcadias palacianas del Renacimiento. Sandro el prerrafaelista, Rubens el orgiástico, ahito de morbideces flamencas, ¿qué sabían de los gráciles contornos ni de las rubias carnes trigüeñas de las juncales mozas del Guadaira? Y los Sannázaros y Garcilasos, arcaicos y atildados humanistas, maestros en librescas bucólicas, ¿qué sabían de las inocentes malicias y de la sal andaluza de las segadoras de rosas de mi tierra?

II

Abrasaba el sol de firme, aplanábase la siesta, y los insectos bordoneaban furiosos, agresivos. Las abejas, borrachas de sol y de perfumes, revolaban dudosas entre picar en pétalos de nácar ó en aterciopeladas mejillas y en turgentes labios de cereza; y las muchachas, jadeantes, sudorosas, voltijeaban también, como las abejas, ebrias de aromas y de luz. *Señá Curra*, la guardesa, palmoteó recio desde el emparrado umbral de la casa. Era la hora del gazpacho y de la siesta. Lampearon al sol las faldas de percal almidonado y revolaron los pañizuelos de gayos colorines en la carrera loca que emprendieron las mozas gritando, persiguiéndose y apedreándose con rosas y clavellinas.

Dentro de la casa, ¡qué caricia de fresca sombra! Los ladrillos, recién aljofifados, oían á búcaro húmedo; por las ventanas, cubiertas de enredaderas, cerníase una luz verde y sedante; entre las vigas del techo arrullábanse las tórtolas, y de las blancas paredes colgaban—simbolizando todo el vivir de la región—jaulas de reclamos en fundas de bayeta verde, las escopetas del guarda, estampas de *Nazarenos* y *Dolorosas*, y la guitarra, nido del alma andaluza, con sus caireles de madroños y rojas cintas chorreando airosos del mástil, como un raudal de cantos de la tierra.

La alegre bandada de segadoras cercó el lebrillo trianero donde bordeaba el caldo rosáceo del gazpacho, salpicado de rajás de verde pimiento y de tomate coralino. Provistas de sendas cucharas de boj reluciente, pronto agotaron el pastoril refrigerio, entre risas, chillidos y charlas.

¡Qué alegres estaban todas! ¡Qué fiesta el vivir bajo aquel sol, entre flores, con una copla en los labios y un secretito de amor en el alma!

Entre todas descollaba una chiquilla rubia como las da la tierra, con las carnes del color del pelo, y el pelo como las mieses en julio. Llamábase *Gracia*, y de gracia y resplandores parecía amasada. Nació entre jardines y trigales, y creeríasela hecha del oro de las espigas y del nácar de las rosas: así era toda ella, aurirrosa como los albérchigos de aquellas huertas, y como ellos envolviase en aterciopelado vellito luminoso; tenía los ojos verdes, cristalinos, como el agua remanada entre murtales, y al reir resplandecía.

Todos los mozos de Alcalá suspiraron por Gracia, y hasta los rumbosos majos de Mairena se acuchillaron por ella en la feria célebre del pueblo de las naranjas de almíbar. Ella sólo á dos prestó oídos: primero á Joseíto *Achares*, mozo semigitano, de cabeza africana, pelo azulino y sangre inflamable, que la quería con ansias locas y con fatigas de muerte. Gracia quiso en él quizás el amor salvaje que él le tenía, quizás el orgullo de encadenar aquel león; pero desde que en ella puso los ojos *Maoliyo el Suertes*—haciálas *maestras* en el toreo de afición y las lograba seguras en el juego y con el mujerío—, desde entonces Gracia *perdió de vista el mundo*, y para ella no hubo más en él que los andares, la labia y los ojos negros de *Maoliyo*.

Allí estaban los dos aquel día: *Achares* jardineaba en la huerta; y *el Suertes*, que tenía cerca, en los olivares, su trabajo, *llegábase* á la hora de la siesta «á echar unos pitillos y unas coplas en *ca el guarda*», decía él; pero á lo que iba era á mirarse en los verdes ojos de Gracia. El no la asediaba, como *Achares*, con súplicas, amenazas y juramentos; no le daba celos; casi no la requerebraba. No era él de los que piden amor á las mujeres; llegaba y lo tomaba, como cosa suya, indisputable, y... ninguna se lo negó. Aquel día estaba *el Suertes* de vena: tenía en la garganta un nido de ruiseñores; la guitarra lloraba y reía entre sus dedos; cuando hablaba él, sus palabras tenían hechizos y mieles; y cuando callaba, su callar decía á Gracia lo que ella ansiaba oír de su boca.

El Achares no les quitaba ojo; tragaba retama con hieles, fumaba pitillo tras pitillo, mascaba tabaco, escupía sin cesar; y, sin saber lo que hacía, sorbo á sorbo, bebióse entera la botella de aguardiente que Curra guardaba para su hombre. Las segadoras se le reían en la cara, burlándose de su derrota y de su *jumera*; y él, limpiándose los labios con el dorso de la mano, tras apurar el último trago de aquel fuego líquido, soltó una carcajada de loco y salió cantando borrosamente:

Dicen que ya no me quieres...
¡No me da pena maldita!...

III

Acababa la siesta; las muchachas iban volviendo al trabajo distraídas, emperezadas. Gracia y *Maoliyo*, riendo y charlando, alejaronse por el borde de la acequia, que al pie de un peñasco embozado en hiedra formaba una laguna de ensueño, engarzada en un marco de mirtos, zarzas y laureles silvestres. Por el agua azul que espejaba el cielo deslizábanse majestuosos cuatro cisnes de nieve. Bajo el peñasco abríase una gruta vestida de musgos aljofarados y orlada de adelfas y campanillas azules. En aquel nido de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

amor sentáronse los mozos. Lo que ellos querían decirse parecía decirlo cuanto les envolvía. *Maoliyo* ni sospechaba que un paisaje fuese un estado de alma; sintió que todo aquel paraíso se le volcaba por las venas, y suspiró tembloroso:

—¡Esto es gloria!... *Chiquiya*..., ¿me quieres?

—¡Que si te quiero!... ¡Mira!—contestó ella mostrándole dos lágrimas que bajaban por sus mejillas.

Maoliyo quiso beber aquel rocío en las propias hojas de la rosa... Por el bosque de junto al agua corrieron largos temblores, como cuando la res herida escapa entre hojas. Gracia se estremeció. Manuel siguió cantando á su oído entrecortadas estrofas de la canción eterna... Percibíase el gotear cristalino de la piedra musgosa, el aletear de los cisnes en la laguna y el silabeo seseoso de palabras acariciadoras como besos, y casi se oía el pulsar de los corazones al ritmo raudo y loco del amor. De pronto levantóse *Maoliyo*.

—¡Adiós, *chiquiya*; el arma te dejo en las manos!

Y se las besó como poniéndosela en ellas. Tiró del ala del pavero, movió de un lado á otro la cabeza, agitó los labios sin hablar, dijo con todo su ser una protesta contra la dura imposición que le arrancaba á la dicha, y corriendo como para no arrepentirse del arresto, cruzó el bosque, saltó el vallado y se perdió en el olivar vecino, mientras la mirada de Gracia seguía extática, hundida en el espacio azul, como buscando en él estelas, vislumbres, rastros misteriosos...

De entre las frondas que ceñían la laguna surgió una cabeza africana erizada de pelambre azulina que se fundía con las cerradas cejas, bajo las que fosforeaban dos ojos de locura; tras la cabeza asomó el pecho velludo entre el blancor de la camisa y el carmín de la faja, donde buscaban algo dos manos desatentadas... Luego el chasquear de unas plantas desnudas sobre tierra encharcada, el relámpago de un acero al sol, un desgarrado grito de mujer, y una huída loca, como de vendaval furioso, tronchando tallos frescos y abatiendo y desgajando ramas crujientes, silbadoras...

Gracia, herida ya mortalmente, dió algunos pasos extremos, como corriendo hacia la vida, y fué á caer sobre un montón de rosas recién cortadas, que se tiñeron con su sangre. ¡Trágica siega la de aquel año!



EL BUSTO DE LA DONCEL

I

Ahora que nos deslumbra con el esplendor de su gloria, ahora que todas las ilustraciones de Europa y de América han publicado su retrato y su biografía—un tanto fantaseada—, ¿quién no conoce á la insigne diva?

En la época en que empieza mi narración era otra cosa. Entonces Elenita Doncel, una niña pequeñuela, morenilla, desmedrada, insignificante, vivía con su madre, oficiala de sastre, en un mísero buhardillón de la calle del Noviciado.

Comenzaba el arrapiezo á solfear en el Conservatorio, y, por más señas, diré que asistía á clase con una toquilla de lana colorada, que rompía los cuadernos de música de puro sobarlos entre las manos, poco pulcras, y que destrozaba las punteras de las botas en su continuo esfuerzo por imitar á las bailarinas del Real, girando ga-

llardamente sobre las puntas de los pies. Pero con todo aquel aspecto de chica ordinaria, flacucha y destrozona, justo es advertir que despuntaban ya en Elenita las vislumbres primeras de su belleza y de su genio, mejor dicho, de su belleza genial, porque en ella la hermosura fué siempre resplandor del alma. Erguíase ya entonces su cabecita infantil con aquella altivez soberana que infunde la propia confianza, y acaso el presentimiento de la gloria, y ya sus negros ojos enigmáticos vibraban de vez en cuando ese relámpago fascinador que tanto prestigio ha dado á su personalidad de mujer artista, ese furtivo destello de la combustión latente de aquel tempestuoso espíritu.

Y ya por entonces andaba prendado de sus nacientes gracias Pepe Iniesta, otro adolescente enamorado de la gloria. Pero cuanto en Elena era audacia, seguridad y resolución de carácter, era en Pepe timidez, modestia, desconfianza propia, vacilación constante. Y no porque le faltasen talento, ni inspiración, ni genio, sino porque Iniesta vivía hacia dentro cuanto Elena vivía hacia fuera; reflexionaba demasiado, y la reflexión, sugiriendo para cada problema varias soluciones opuestas que se disputan la voluntad, nos inutiliza para la acción.

El muchacho, que pertenecía á una familia distinguida y bien emparentada, aunque no rica, tenía verdadera pasión por el arte y vocación decidida por la escultura; dibujaba ya muy bien del yeso y del natural, y asistía á la clase de mo-

delado. Y como Pepe vivía en la calle de San Bernardo, diariamente se encontraban los dos neófitos camino del Conservatorio ó de la Academia, cada cual con un rollo de papeles bajo el brazo y un mundo de ilusiones en el alma.

II

De aquellos cotidianos encuentros, de la mutua simpatía, de la juventud de ambos y de la comunidad de ideales nació aquel amor primerizo, que en Elena fué juguete de unas horas, y en Pepe toda la vida.

Cuando la voz de Elena perdió el timbre angelical de la adolescencia y, cobrando el vigor vibrante y apasionado de la juventud, comenzó á ganarle aplausos, nombre, admiradores, el amor de Pepe, desdeñado y no comprendido, se retrajo con masculino orgullo, con arisca dignidad; pero tan grande era, que, no alcanzando á destruirse á sí mismo, con abnegación dolorosa se trocó en amistad, en devoción á la artista. Y como la familia de Iniesta era influyente, el culto del enamorado se tradujo en protección poderosa, y merced á los amigos de Pepe, Elena llegó muy pronto á la meta de sus aspiraciones. La prensa la rodeó de ráfagas de apoteosis y la envolvió en nubes de incienso. Cierta dama ele-

vadísima se declaró su protectora, pensionándola para que estudiase en Italia. Y como la voz, la hermosura y el talento de la Doncel crecían con los años, cuando los suyos no llegaban á veinte, su fama era ya casi europea; y en los cinco transcurridos después su gloria es la que todos conocemos, y su belleza, aumentada con el prestigio estético de que su rápida cultura—adquirida mediante percepción maravillosa—ha sabido rodear su persona, ejerce, como sabemos, verdadera dictadura entre hombres y mujeres, imponiendo á los unos el amor y á las otras la moda, cuyo efímero cetro de rosas empuña la gentil *prima-donna* con tan grave majestad como llevaría el suyo de oro una emperatriz bizantina.

III

Entretanto, Pepe también ha estado en Italia, ha vivido cinco años en Roma, emborrachándose con el generoso vino de la belleza clásica, extasiado ante la hermosura eterna de los esplendorosos mármoles del Vaticano; también Pepe ha dado pasos gigantescos en su arte; pero sin concluir apenas obra alguna, sin tratar á nadie, sin exponer ningún trabajo, sin darse á conocer, obscuramente, atado siempre al yugo de

su timidez huraña y desconfiada, y siempre atormentado por aspiración insaciable... Sin embargo, su titánica lucha con la forma, su encarnizado estudio de muchos años, las grandes victorias sin lauro ganadas ante su propia conciencia le han conquistado algo que para el artista de vocación no vale menos que el éxito: la estimación propia. Y aunque son contados los que le conocen, poquísimos los que le comprenden, y casi ninguno le aplaude, Pepe lleva al fin en su alma una serena luz que alumbra su vida, se reconoce digno de la gloria, y espera tranquilo el día en que aquella misteriosa luz trascienda al exterior y le envuelva en fulgor eterno; lo espera, lo ansía, sobre todo, por *ella*, por Elena, que desde el carro de diosa en que pasea en triunfo la tierra se digna sonreírle alguna vez con sonrisa amiga, pero con un punto de desdén y un asomo de compasión, cuando él le habla de su arte.

IV

Desde que se anunció en todos los periódicos del mundo la reciente Exposición de París, Pepe comenzó á animarse, aplicóse con ardor nuevo al trabajo, adquirió en Italia trozos de mármol purísimo, frecuentó con mayor asiduidad los museos y se extasió con más apasionada fruición

delante de los divinos modelos. Confortado con aquel espléndido baño *en belleza*, como él decía, volvió á Madrid, encerróse en su taller, y se dió con ardor insaciable á bosquejar con carbón ó á modelar en barro alguna grande obra desde largo tiempo acariciada. Quizás la obra de su vida, la que le daría el perseguido nombre, la codiciada gloria. Pero jamás le satisfacía su esbozo: después de largas horas de fatiga, parábase ante un papel borrajado, mirábalo atentamente, y de súbito lo rasgaba en mil añicos; ó precipitándose sobre el barro fresco á medio modelar, lo estrujaba furiosamente entre sus manos y lo arrojaba al suelo, donde se aplastaba, fundiéndose en masa informe aquel ensueño frustrado.

Entretanto, como entonces estaba la Doncel en Madrid, Pepe no faltaba ninguna noche á su camarín del Real, donde á veces lograba el apetecido bien de hablar con ella algunos minutos. Una noche en que felizmente encontró á Elena sola y poseída de tristeza ó malhumor, advirtió Pepe que su presencia parecía consolar á la diva, y que el tibio fulgor de amistad que él, con medida discreción, le ofrecía, semejaba penetrarla como calor de vida y devolverle su serenidad luminosa. Al columbrar que su presencia y su encubierto afecto tenían tal virtud sobre su adorada, una alegría nueva destelló del alma y del semblante de Pepe, una elocuencia no aprendida se desató de sus labios fluente y caudalosa: hablaba el escultor de su arte, de Roma, de sus

ensueños, de sus aspiraciones..., y una aureola radiante le envolvió á los ojos de su amada; una aureola de fluido topacio, de fuego sidéreo, como aquellas que veían los místicos irradiar de las personas de los bienaventurados. Dominada ella por aquel prestigio ignoto, penetrada por aquella luz efusiva, sonrióle como en los días de su niñez, hablóle de glorias, de esperanzas, y... no sé qué frases hechizadas le dijo, que la postiza serenidad de Iniesta se alteró, el hielo de su forzada calma se fundía, y una encendida palabra de amor aleteaba ya entre sus labios..., cuando la cantante fué llamada á la escena. Desde lejos oyó Pepe desgranarse sobre la multitud entusiasmada la lluvia de perlas de aquella voz, cuyas notas parecían explosiones de color y de luz, palabras de bienaventuranza, preludios de armonías ultraterrenas.

V

Como un loco llegó Iniesta á su taller polvoriento, torció el botón de su lámpara eléctrica, arrojó sobre un sillón arcaico abrigo, frac y sombrero, y lanzándose sobre el barro húmedo, comenzó á modelar en él con ansiosa fiebre la obra anhelada: un busto femenino, el busto de la Doncel, el busto opulento de la diosa, de la artista

que el público del Real aclamaba frenético en aquellos momentos. ¡Entonces, entonces sí que surgía pura, feliz, acertada, única, la forma soñada de entre las manos del artista! Pero no sin lucha. En toda la noche no cesó Iniesta de modelar la arcilla dócil con esfuerzo doloroso, capaz de ablandar bronces, como quien doma resistencias harto más tenaces que las de la materia. Y en tres largos días de delirio, sin sueño ni alimento, desbastó un trozo del más limpio sacaroideo traído de Italia, bosquejó sobre él la forma adorada, y trabajando con terquedad de fanático, con furor de poseído, al caer las rompedizas lascas del mármol veía aparecer la imagen que llenaba su alma, la mujer querida; y tal era la lucidez adivinatoria de su cincel, que no parecía formarla, sino descubrirla, arrancarla al duro seno blanco que avaramente la encerraba.

¡Por fin!... El busto erguido sobre la rocalla del mármol no labrado, como sobre fantástico plinto de nieve ó de espumas, fulguraba al sol de una mañana de mayo, colocado sobre alta trípode y ante rojo cortinón de terciopelo.

—¡Es ella, es ella!—balbuceaba Pepe orgulloso, enloquecido, ante aquella reincarnación de su Elena, imaginando, en su delirio, que el amor y la inspiración habían logrado infundirle eterna vida—. ¡Ah, cuando ella lo vea!—sollozaba el feliz artista—. ¡Cuando ella vea que ha llegado también para mí la hora de luz, que envueltos en una misma gloria pasaremos los dos á la inmortalidad! ¡Qué dicha, qué sueño! Pero... ¿he

alcanzado yo todo este bien? ¿He podido traducir así su hermosura? ¿He sabido trasladar al mármol tanta belleza?... Sólo falta acabarlo ante ella, transfundir á la piedra el *quid divinum* de la personalidad; y esto sólo lo alcanzaré en su presencia. *Dal vero!*

VI

Poseído de calenturienta exaltación llegó Iniesta á casa de la Doncel, á la cual jamás visitó sino en el teatro desde la ruptura de sus amores de niños, y con emoción hondísima y mal disimulada le rogó que le acompañase á su taller para darle su voto sobre una obra que tenía casi concluida, con destino á la Exposición; sin el voto de ella, de su amiga de la infancia, de la grande artista que poseía la intuición sagrada de la belleza, no se atrevía el escultor á dar por terminada su obra.

Sin resistencia accedió la Doncel á la petición de su amigo, y ocupando el coche que éste á prevención llevaba, se trasladaron ambos al taller como dos buenos camaradas. Desvanecida la momentánea emoción de la noche del Real, Elena volvía á ser para Pepe la amiga franca, sincera, un tanto endiosada y como *protectora* de siempre. Pero Pepe no veía en ella aquel día sino el

modelo vivo de su busto, el alma de su mármol eterno, de su creación suprema.

Subieron al taller: ella, curiosa de conocer la obra incógnita; él, palpitante de amor y de orgullo. Una vez en el buhardillón decorado, que obstruían mármoles, yesos y cachivaches vetustos, paróse la Doncel á mirar unas ánforas rotas y unos soberanos torsos helénicos; y Pepe, sin enterarse de la distracción de ella, tiró de la cuerda que pendía de la cortina del ventanón cenital, y un raudal de luz cayó sobre la trípode, encima de la cual aparecía un informe envoltorio; retiró entonces él un paño de brocado, y el chorro de luz viva se volcó de golpe sobre el mármol blanquísimo, sobre el busto de Elena, que, cercado del marmóreo grotesco, parecía surgir como Venus de entre las niveas espumas.

—¡Ah! ¿Era ésta la obra misteriosa?—dijo ella con aire de divinidad protectora—. ¡Vamos, esto ya es algo!... Sí, me reconozco; soy yo...; pero sin vida, sin alma: ¡es mi cadáver! ¿No te parece que...—aquí nombró á nuestros dos primeros escultores—uno de los dos podría concluir ese trabajo? Así, en colaboración, la obra resultaría acabada, tu nombre empearía á sonar, y... mi busto llevaría una firma ilustre...

Algo más iba á añadir Elena; pero no acabó. Pepe, lívido, tembloroso, frenético, había corrido á un rincón del taller, y desde allí venía hacia la trípode alzando un objeto en la diestra levanta-

tada. Un golpe seco, duro, formidable, resonó en el mármol; después otro y otro, acompañados de algunos gritos teatrales de la diva; y el busto de la Doncel, deshecho á golpes de mazo, cayó pulverizado á sus pies, mientras Pepe Iniesta reía con la primera histérica risa que determinó su locura terrible.



METEMPSICOSIS

(De las «Memorias» del doctor Hipnos)

I

.....
Como tienen tanto de confesiones las *Memorias*, para mejor inteligencia de estas mías, acúsome de hallarme poseído del insaciable *Demonio de la Ciencia*, cuya obsesión se determina en mí por ansia voraz de penetrar lo impenetrable: el maravilloso *Deus est machina* de este artilugio que piensa, el misterio de la impalpable *psiquis*, el nexa que ata el espíritu á la carne. Impulsado de esta ansiedad hiperestésica, estudié cuanto con el insoluble problema se relaciona: desde las fábulas precientíficas de Cuvier y de Mesmer, y los atisbos del abate Faria, y las inducciones de Braid, y los desbarros de Grimes, hasta los más recientes adelantos de psiquiatría. Y llevando mi sed investigadora á la práctica profesional, extrema-

ba hasta la crueldad mi análisis clínico de entrañas palpitantes y de cerebros seccionados, ó mi terca observación del doloroso funcionalismo de almas enfermas, feliz de sorprender un rasgo nuevo, una aberración psicofísica, un fenómeno ignoto, una célula inobservada, un caso no previsto, para aportarlo al formidable inventario que médicos y psicólogos formamos de las mutuas influencias entre el organismo y el espíritu.

Uno de esos casos extraños, no explicables en la historia de la psicofísica, es el que voy á anotar, no sé si con escrupulosidad de médico, con fruición de curioso ó con alucinaciones de novelista: el hecho dicta; yo escribo.

II

Asistí como amigo y como médico á la hermosísima mujer que todo Madrid recuerda por astro de sus salones, y que llamaré—para ocultar su nombre egregio—la baronesa de Castro-Fides. ¡Extraña enfermedad la de aquella divina mujer! Però... ¡desafío yo al más lince de mis colegas á que, puesto en mi caso, definiere si era aquello infección física que transcendía al espíritu, ó infección espiritual que envenenaba la carne!

Mujer más hermosa, feliz, adorada y triunfadora en todo, no existió; boda más memorable-

mente ostentosa que la suya, no la hubo en Madrid. Pero desde el día mismo de la boda, acaso antes, desde que la boda se anunció, la salud, la alegría de Susana se empañaron como de un sutil velo gris de añoranza, ó de dolencia indefinible. Inquieto como amigo, curioso como hombre, interesado como médico, empecé á observarla. ¿Qué tenía?... A veces los ojos de Susana relampagueaban indignados; á veces parpadeaban medrosos como palomas azoradas; de improviso abriáanse desmesuradamente como ante visión aterradora, ó se anegaban en llanto inmotivado, ó lenta, lentamente se entenebrecían, llenándose de noche. ¿Qué tenía? Por días, por horas se demacraba, empalidecía, y los dos halos violáceos que cercaban sus ojos de húmedos zafiros extendíanse, borrando, trasponiendo tanta belleza.

Desesperado yo ante el impenetrable misterio de aquel mal, buscando tercamente sus raíces, dediquéme á observar al barón, y... ¡cosa más extraña!, mirándole con insistencia y frialdad clínica, parecíame que bajo mi penetrante mirar aquel hombre se desconcertaba, *padecía*; y lo más peregrino, lo *inverosímil* del caso era que, siendo él el mismo, me parecía *otro*... ¿Comprenden ustedes esto? ¿No? Yo tampoco lo comprendía; pero... ¡ante la evidencia!... Era como si por los ojos del barón, de mi amigo Alberto de San Andrés, á quien conocí desde niño, me mirase otro hombre, ó... mejor dicho, *otra alma*: el alma de una persona muy diversa de la persona de mi amigo. ¿Que cómo podía ser esto? ¡Aquí del enigma! Pero

el caso es que *era*. Si hay personalidad, y si la personalidad psíquica, el *yo*, el alma se asoma á los ojos, el alma aquella que se asomaba al iris verde-gris y á la negra pupila del barón no era el alma de Alberto. De esto estaba yo seguro, tenía la evidencia moral, y moríame por adquirir la evidencia material, irrecusable. Aquella convicción, entrando en mí como rayo luminoso, parecióme la *palabra reveladora* del mal de Susana. Si la mirada de Alberto producía en ella el mismo efecto que en mí; si su enigmático marido le parecía, como á mí, *distinto* de su expansivo novio; si por los ojos de Alberto la miraba un alma que no era el alma de su amado..., ¿qué más se necesitaba para enfermar mortalmente? Pero... ¿era aquello posible? ¿No sería alucinación de mi espíritu, ofuscado de tanto mirar á los espíritus, como los ojos se ciegan de mirar de hito en hito al sol? Para desvanecer mi fascinación bastaría provocar en Alberto íntimas confidencias, comunes remembranzas de nuestra fraternal camaradería estudiantil. Pero... la enfermedad de Susana contagiaba ó absorbía á mi amigo de tal suerte, que no hubo medio de provocar confidencias, porque él ni un momento se apartaba de su mujer.

III

La enfermedad—¿neurosis?, ¿anemia?, ¿con-sunción?... ¡Quién lo sabe!—, la enfermedad progresó de suerte que en poco más de un año sorbióse toda la savia y lozania de flor, todas las energías vitales de Susana. Agotáronse los recursos de la ciencia—¡pobre ciencia y pobres recursos!—; hubo consultas, cambios radicales de médicos y de sistemas... ¡Todo inútil! Al cabo, tan al cabo, que sólo días, horas casi de vida quedaban á la infeliz paciente, volví yo, vencido como médico, invencible pero desolado como amigo, á la cabecera de mi pobre enferma para acompañar en su calvario á mis amigos. ¡Este plural repugnaba á mi conciencia, siempre dudosa de la *autenticidad* de Alberto! El final de aquel drama fué rápido, trágico, espantoso..., y me dejó sumido en un enigma hondo, insoluble.

IV

En el gabinete, apenas alumbrado por una lámpara cubierta por espesa pantalla de encaje, velábamos ensimismados Alberto y yo. En la al-

coba, y al pálido fulgor de una lámpara eléctrica encelajada en papeles de seda que tamizaban una luz blanca, fría, como de luna, agonizaba Susana.

Llevaba yo muchos días de insomnio, velando primero á un recién operado y luego á mi pobre amiga, y, cediendo á la imposición física, me dormí, muy poco tiempo, sin duda, y con ese sueño ahuyentadizo que deja transparecer el alma.

Al despertar vi que Alberto, aprovechando mi sueño, habíase acercado á la cama de su mujer y hablábale afanosamente. La enferma se había incorporado, y su cara exangüe tomaba livideces de agonía. Yo, envuelto en el pliegue de sombra que colgaba del ángulo formado por el muro del gabinete con la divisoria de la alcoba, escuchaba con avidez calenturienta.

Ni él ni ella se acordaban de mí en aquel trance.

—¡Perdón!—gemía Alberto oprimiendo la mano cérea de Susana—. ¡Te he engañado como un criminal!

La agonizante erguíase á impulso de una fuerza extrahumana, y gritaba con trágico apremio:

—¡Habla!

—¡Sí; yo te engañé, Susana, como un vil impostor!

—¡Hablaaa!—barbotaba la enferma con voz ininteligible—. ¡Concluye; me aho... go! ¿Por qué dejaste de ser el que... eras? ¿Por qué has sido... para mí... o... tro, otro?

—¡Sí, otro! ¡Otro, que tú no amaste nunca!

—¡Nunca!

La cara de Susana, lívida, terrosa, cuajada por la algidez agónica, expresaba terror ultramundano. Alberto estaba cadavérico; un soplo de trágico prestigio surcaba aquella escena indescriptible; mi curiosidad demente, transformada ya en apetito fisiológico, me sacudía, secaba mis fauces, pegaba mi lengua al paladar... El negro demonio del análisis, la curiosidad psíquica me poseía; anhelaba vorazmente el desenlace del pavoroso drama, y abandonando mi enferma á la emoción mortal, clavado en mi rincón, escuchaba palpitante, sudando frío.

—¡Acertaste, Susana; el que tú amabas no era yo!

—¿Qué... e dii... ces?—articulaba ella en un hervor estertoroso.

—¡Tu Alberto, el que tú amabas, no era yo!

—¡Dios mío!

Y la cabeza moribunda cayó, como segada, hacia atrás; yo no tuve acción para moverme.

—¿Te acuerdas de aquel estudiante de Medicina locamente enamorado de ti?

—Sí...; creo...; creo...—balbució la moribunda.

—¡Ese era yo!—gritó el barón—. ¡Era yo, yo, yo! ¡Sábelo, y perdóname!

—¡Loco!... ¡Y me muerdo!... ¡So... corro!

—¡No; no estoy loco! ¡Mírame á los ojos! ¡Así, hasta el fondo del alma! ¿Soy yo tu Alberto?

—¡No, no! ¡¡Otro!!

—¡Oyeme! ¡Vive para oirme! ¡Te amaba tan locamente, que pensé en todas las demencias! ¡En

otra edad hubiese dado el alma al demonio por lograrte! ¡Y lo pensé, *le evoqué* con fervor espantoso!

—¡¡Jesús!!—gimió la agonizante.

—¡Y quizás vino! Llegó un loco, un hipnotizador de feria... Venía de Oriente... Creía en la metempsicosis...; juraba poseer el negro secreto que hace mudar de cuerpo las almas. Le creí, quise creerle. Le ofrecí todo el oro del barón si lograba infundir mi alma en su cuerpo. Compramos al ayuda de cámara; el mago realizó su rito; nos adormeció con una pócima... ¡Y desperté en el cuerpo del barón! ¡Horrible despertar! Aquel cuerpo era para mi alma como extraño traje; me oprimía, me sofocaba...

—¡Basta!...—silabeaba crispada la moribunda.

—¡No!, ¡no! ¡Perdóname!

—¡Alberto! ¡Tú, no! ¡El mío! ¡¡Ah!!

—¡¡Susana!! ¡¡Susana!!...

Hubo un silencio terrorífico. Sentí un hálito glacial. Tuve la sensación de una cuerda que salta, de un tallo que se troncha, de un fuyente aleteo... Y me encontré de pie junto al lecho. Alberto sacudía brutalmente el cuerpo lacio, blanco..., el cadáver de Susana; llamábala furioso, besábala delirante, obstinado en *despertarla*. Y el desdichado gritaba, se retorció epilépticamente, arrancábase á pedazos la ropa, á mechones los cabellos... Así empezó su terrible locura.

Y ahora me pregunto: ¿Era él sólo el loco? ¿Lo seré yo también? ¿Era aquél mi amigo? ¿Era el estudiante? ¿Infundieron en Alberto otra alma,

ó... *le sugestionaron* con la idea de habérsela infundido? ¡Qué importa! ¡Mataron en él el albedrío, la fe en el propio *yo*, toda la vida espiritual... ¿Será esa fe la chispa animadora, el *quid divinum*, la esencia de Dios, que prende en la célula psíquica?...